

## Aniversario

# EE. UU., 250 años de independencia, pero no hablemos de la Revolución

CULTURA

04\_07\_2026

**Giorgio  
Cavallo**



**(Artículo traducido con DeepL)** Cuando pensamos en los Estados Unidos de América, desde nuestro punto de vista europeo tenemos la impresión de que son una nación «joven». Pero ya cumplen 250 años.

**El 4 de julio de 1776**, al otro lado del océano, se proclamó la histórica Declaración de Independencia, un momento crucial para la historia de Occidente: por primera vez, al otro lado del Atlántico nacía una nueva nación que heredaba la cultura occidental y la interpretaba desde su propio punto de vista. Sobre todo, la interpretaba sin las esquizofrenias europeas, sin los más de dos siglos de guerras de religión que habían ensangrentado el Viejo Continente y dividido la *res publica christiana*.

### **¿Cómo podemos definir los acontecimientos de 1776 y de los años siguientes?**

¿Fueron una Revolución, como suelen titular aún los libros de texto, o fueron una «simple» guerra de independencia? Esta pregunta no es una cuestión sin importancia, sino que nos permite reflexionar sobre la identidad histórica de los Estados Unidos de América.

**Para responderla**, hay que comprender las razones profundas de estos acontecimientos, centrando nuestra atención en la serie de impuestos opresivos que los colonos tuvieron que pagar a partir de 1765 para cubrir los costes de la Guerra de los Siete Años. Las Trece Colonias eran una especie de paraíso fiscal del siglo XVIII: pocos impuestos, pero pocos derechos. No había representantes de los colonos en el Parlamento de Londres: esto las convertía en puertos francos, pero también en colonias. Las Trece Colonias eran inmensamente ricas: después de la Madre Patria, eran el territorio más próspero del Imperio inglés. Cuando el gobierno del rey Jorge III quiso aplicar impuestos sobre el azúcar (Sugar Act), sobre el timbre (Stamp Act) y, en esencia, sobre todos los bienes de consumo, desde el papel hasta el tabaco, desde el vino hasta el vidrio, los colonos se rebelaron y tomaron las armas en defensa de sus derechos: si el rey quería aplicar una fiscalidad indirecta tan generalizada, debía convocar a representantes de los colonos al Parlamento. Esto no sucedió, ya que Londres no tenía intención de reconocer en las colonias esos derechos, que se aplicaban desde hacía siglos en Inglaterra.

**La llamada Revolución Americana fue, por tanto, una revuelta contra la opresión fiscal** de un gobierno considerado lejano, cuyas políticas no se aplicaban para mejorar el desarrollo económico de las colonias, sino para exprimir las bajo una montaña de gravámenes considerados injustos por ser inconstitucionales. De ahí la famosa manifestación de la *Boston Tea Party*, una protesta sonada contra el monopolio

del té que puede recordar, en los últimos años, protestas similares de los agricultores italianos contra las cuotas lácteas impuestas por la Comunidad Europea. He aquí: en términos estrictamente lingüísticos, la de 1776 no fue una Revolución. Fue una revuelta. Dado que se llevó a cabo *manu militari*, podríamos llamarla Guerra de Independencia. De lo contrario, habría sido un «US-Exit», por decirlo según los parámetros de la política actual.

**Las cosas fueron de otra manera en la Revolución Francesa:** una revolución, de hecho, pretende remodelar la sociedad y reprogramar a cada individuo según precisos propósitos filosóficos y, en particular, persiguiendo una doctrina gnóstica. El primer revolucionario fue, de hecho, el propio demonio: fue Lucifer quien lideró a los ángeles rebeldes contra Dios. La revolución sigue, con el paso del tiempo, ese principio de rebelión contra un orden establecido: por eso, una vez desencadenada, no tiene fin y, por lo general, se ve envuelta en una espiral de muerte que conduce inevitablemente a la ruina a todos los revolucionarios.

**En el caso de la Revolución Francesa,** aquellos que antes fueron aclamados como héroes del pueblo se convirtieron en poco tiempo en traidores: primero los girondinos, luego Hébert y después Danton y los indulgentes, continuando con los robespierristas y, posteriormente, con los partidarios del régimen. La Revolución no perdona y, para justificar un poder conquistado mediante la opresión y la mentira, tiende a erigirse en nuevo paradigma constitutivo de la sociedad: en las revoluciones se define el nuevo modelo de hombre, se reescriben los libros de historia e incluso el calendario. Siempre, sin embargo, en el intento engañoso de «liberar» al hombre, sometiéndolo en realidad a un nuevo y más terrible régimen: el dictado por la rebelión contra el orden y, como tal, emanación directa del pensamiento luciferino. No es casualidad que todas las revoluciones, desde 1789 en adelante, se hayan dedicado al intento (nunca logrado) de erradicar el cristianismo de la sociedad.

**Francia, víctima de la Revolución de 1789,** ha perpetuado sus principios. La *laïcité* francesa es una especie de ateísmo de Estado: como tal, impide de forma programática el vínculo entre el hombre y lo Trascendente en el intento utópico de construir una sociedad meramente humana. Este enfoque es fruto de la Ilustración voltairiana. En Estados Unidos, sin embargo, el componente religioso sigue siendo muy fuerte. El propio lema de los Estados Unidos de América es *In God we trust*. Y es que la Ilustración desempeñó un papel importante también en la proclamación de la independencia; pero fue contenida por el conservadurismo propio de la sociedad estadounidense. En Estados Unidos no encontraron espacio suficiente los epónimos de Voltaire y Rousseau.

Nadie agitó a la sociedad en nombre de las palabras vacías que atontaban las mentes de quienes frecuentaban los círculos culturales franceses de la época de Luis XV y Luis XVI. En América no había figuras como las de las *salonnières*, desde Madame de Genlis hasta Madame Necker, creadoras de los salones más progresistas en los que se formaron los futuros revolucionarios. La ausencia de este componente social se debe a la antigua dicotomía entre la ciudad y el campo: incluso en Francia, esos salones eran exclusivamente parisinos. La cultura progresista e ilustrada estaba representada por París y solo por París. El campo francés, si lo miramos bien, era bastante similar al estadounidense: la mentalidad era la de un campesino, y el campesino nunca ha sido un revolucionario, porque carece de los requisitos culturales y filosóficos que puedan incluirlo entre los partidarios de una doctrina política. El campesino no hace política; el campesino trabaja la tierra y solo quiere una cosa del Gobierno: menos impuestos.

**Por eso es impropio hablar de «Revolución americana».** En Estados Unidos no hubo una revolución en el sentido estricto del término; en todo caso, hubo una rebelión contra la imposición excesiva, que desembocó en la independencia de las Trece Colonias cuando llegó el momento oportuno. O, si realmente queremos utilizar el término «revolución», que quede claro añadiéndole un adjetivo: llamemos a 1776 la «revolución conservadora». La clave para entender los Estados Unidos de América pasa por aquí.

**Precisamente por esto, al no haber tenido una «Revolución»** en el sentido estricto de la palabra, los Estados Unidos han podido representar para el mundo occidental un baluarte de libertad frente a la opresión de las revoluciones en el poder: primero la Unión Soviética, luego los regímenes surgidos de las revoluciones del siglo XX, desde Cuba hasta Irán. Nótese bien: lo que se acaba de escribir es una *representación* del poder. Ningún gobierno es perfecto y, por lo tanto, puede encarnar el concepto de libertad que, al ser una palabra abstracta, queda confinado a la abstracción. Sin embargo, al intentar captar el sentido profundo de la historia de los últimos siglos, es posible definir a EE. UU. como la nación (entre las grandes potencias) que más que ninguna otra se ha erigido en defensa de la libertad, ya que es una de las pocas que no ha sufrido una revolución, sino que, por el contrario, ha afirmado de forma inequívoca el valor del derecho y de la libertad individual frente a las imposiciones impuestas desde arriba. Y hay más. Todas las demás naciones (Francia, Rusia, Alemania, China e incluso Italia, así como la Inglaterra de las dos revoluciones del siglo XVII) han sufrido revoluciones que han herido a la sociedad y le han inyectado algunos gérmenes ideológicos peligrosos.

**No fue así en los Estados Unidos de América** durante los primeros siglos de su

historia. Por este motivo, contaron con una ventaja cultural superior a la de los demás Estados: ventaja que, lamentablemente, se ha ido erosionando a partir de 1968, año de la revolución sexual que partió precisamente de las universidades estadounidenses y luego se extendió por el mundo occidental. Casualmente, es precisamente a partir de esa fecha cuando se asiste al declive inexorable de la primera potencia mundial, a la que finalmente han llegado los mismos gérmenes que habían infectado a las demás naciones. Gérmenes que quizá hoy sean más peligrosos porque siguen vivos: el *wokismo*, última metástasis del cáncer revolucionario, nació en EE. UU. y es precisamente allí donde ha causado los mayores daños. Quién sabe si los Padres Fundadores de los Estados Unidos de América habrían imaginado jamás todo esto, en el momento en que declararon sin ambigüedades, al final de la Declaración de Independencia: «Con firme fe en la protección de la Divina Providencia, comprometemos mutuamente nuestras vidas, nuestros bienes y nuestro sagrado honor».